



¿Cómo empieza Operación Ararat?

Casi como un grito de auxilio, como un borbotón de rabia, como el aleteo furioso de Ícaro intentando alcanzar el sol.

En todo caso, comenzó en verano, entonces se me ocurrió la idea de salir de nuevo de viaje. No fue premeditado, pero supongo que sí era inevitable.

Cuando terminé de recorrer América para hacer Diario de un Nómada, me casé con Teresa, fundé así un hogar, algo que desconocía desde hacía años. Aunque ya llevábamos casi tres años de convivencia, yo todavía era un nómada que tenía sus esca-

sas pertenecías metidas en una bolsa estanca, siempre lista para enrollarla y salir pitando rumbo al próximo horizonte. Pero al dar el sí quiero, me asenté en su hogar, haciéndolo común, y adopté una vida doméstica. Algo que para mí era toda una novedad y por lo tanto lo que para otros era rutina para mí era algo en nada rutinario.

Durante meses ni me enteré de donde estaba porque me hallaba completamente embebido en la escritura de un libro sobre la experiencia. Lo titulé como la serie: Diario de un Nómada.

Para mi sorpresa lo publicó Plaza & Janés. Yo había aprendido a leer en

libros publicados por Plaza & Janés y jamás soñé con verme en su catálogo. Pero por las fechas en que yo estaba inmerso en el montaje de los capítulos de la serie de televisión, recibí un amable correo electrónico de una editora del sello, quien aseguraba haber leído mi primer libro de aventuras por África, Un millón de piedras, publicado en Barataria, una minúscula editorial, y estar interesada en publicar algo mío.

Me pareció tan asombroso como cuando en TVE me propusieron hacer una serie de televisión después de haber visto mis vídeos caseros de YouTube.

Uno ha sabido ocasionalmente de esa suerte de milagros, que siempre le pasan a otros, a tipos con suerte y estrella, y resulta que me estaba pasando a mí.

De modo que los dos primeros trimestres del año me dediqué a la promoción, a conceder entrevistas y a dar conferencias. Por un tiempo, olvidé mi espíritu viajero sumido en la normalidad de lo cotidiano. Sin embargo, aquella paz no podía durar para siempre. Un día, ya con la serie y el libro terminados, estaba en casa revisando mis viejas fotos y encontré una



que había hecho hacia muchos años, cuando no trabajaba produciendo documentales, era anterior incluso a mi vuelta al mundo del 2011, proyecto que me convirtió en viajero on-line, con Facebook, Twitter y YouTube.

Aquella fotografía era de antes, de cuando simplemente viajaba para mí y mi cuaderno. La estampa me hizo revivir los días azarosos pero intensos de las primeras aventuras, tan íntimas, tan reales, tan irrepetibles. Era una de mis mejores instantáneas y eso que todavía no usaba buena cámara ni había aprendido los pocos trucos de fotógrafo que hoy conozco. En ella se mostraba lo que para mí mejor definía la felicidad del nómada. Una carretera interminable, la motocicleta y un hombre sentado y tranquilo que contempla al atardecer una montaña lejana y despejada que no escalará.

El retrato de ese momento dice todo lo que importa en la vida del viajero: no importa el destino, sino el acercarse a él.

sentimiento de tragedia y expolio. Lo había capturado en un momento de perfecta nitidez, sin nubes, contra un cielo empastado de azul inverosímil. Era la carretera que iba a Dogubayazit, en Turquía, desde la frontera con Irán, país que acababa de abandonar media hora antes, no sin ciertas complicaciones burocráticas, después de haber recorrido la provincia iraní de Azerbaiyán Occidental y el Kurdistán Iraquí.

Cuando vislumbré la montaña en su musculosa perfección de rocas volcánicas y nieves perpetuas, llevaba semanas de viaje por una de las regiones más remotas, vivas e interesantes del planeta. Semanas de estupor y emociones. Así que sentado años después en mi recién estrenado hogar de hombre casado y sedentario, recordé lo mucho que me había costado llegar hasta allí, en lo mucho que había visto y vivido en el largo camino, en la íntima satisfacción que sentí al divisarlo. Sentí que sabiendo todo lo que sabía ahora, era una lástima no haber hecho entonces un documental para contar todas esas historias.

Y entonces pensé ¡Qué diablos! ¿Por qué no volvemos a hacerlo?.

Miquel Silvestre.

La montaña de la fotografía no es una cima cualquiera, es el bíblico monte Ararat, donde se supone aterrizó el arca de Noé, la roca sagrada que conquistaron los otomanos, regalada por los soviéticos, haciendo de los armenios un pueblo despojados de su símbolo nacional y en un permanente

